

## LA UNIVERSIDAD, CONCIENCIA SOCIAL DE LA NACION

*Eduardo Frei Montalva*

La Universidad, conciencia social de la Nación. El título mismo indica que la Universidad es parte de la Nación, pues para ser conciencia se requiere integrar un sujeto.

Sé que es difícil hablar de Latinoamérica, porque siendo tan iguales, en muchos aspectos somos diferentes y es peligroso caer en generalizaciones; pero el análisis de lo que ocurre en cada pueblo muestra algunas constantes fundamentales que lo definen.

La Universidad en este continente debe saber lo que en él ocurre, de cuál es el mundo a que pertenece, que no es el mundo europeo; que no es el mundo asiático, ni el mundo africano; es Latinoamérica; con sus propias tradiciones, errores, virtudes y elementos. Por eso nuestro primer esfuerzo ha de ser el reconocimiento de las diferentes situaciones, que exigen muchas veces un juicio y métodos diversos y, me atrevería a decir, una estrategia adecuada. Cualquier tentativa de imponer criterios uniformes a situaciones distintas hacen imposible o estéril todo diálogo.

### *Decisiones que comprometen el porvenir.*

Y el primer elemento de juicio consiste en reconocer el hecho de que en el Hemisferio se está llegando a un punto en que se tomarán decisiones que comprometerán su futuro por un largo período histórico.

Este ha sido el continente, con excepciones que no modifican la imagen, de "pronunciamientos" o "revoluciones".

Pero la verdad es que desde los años de la Independencia ésta es la primera vez que está afrontando, salvo y con reservas en el caso mejicano y plenamente en Cuba, una verdadera revolución. En estas naciones está en juicio el régimen, no simplemente las parsonas.

Asistimos al fin de una etapa histórica: es un sistema de vida que se agota, que no puede subsistir; diría más, que no debe subsistir.

Hay una crisis de las instituciones, de los partidos; de las estructuras en que se funda la economía y las relaciones sociales.

Las gentes se hacen hoy preguntas fundamentales sobre cuál será la mejor manera de organizar el porvenir, no de cómo salvar el pasado, porque saben que eso sería inútil e imposible.

Por eso en todos los planos de la vida individual y social se disputa sobre cuáles serán las ideas que van a inspirar el cambio, que lo van a dirigir, en un proceso que exige una respuesta total.

Y este proceso ha acumulado toda suerte de presiones, que hacen cada día más difícil la aplicación de métodos evolutivos en el sentido clásico.

En América Latina se han prolongado por demasiado tiempo feudalismos financieros y agrarios; se han desconocido los derechos de las mayorías, en función de minorías, con privilegios excesivos y paralizantes para el organismo

social. Por eso asistimos a un despertar brusco de aspiraciones contenidas. A esto se agregan: los inevitables efectos de una revolución científico-técnica, que no encuentra su cauce adecuado en estructuras sociales envejecidas; el ejemplo de los grandes movimientos que se operan en Asia y Africa; el fin del colonialismo, y el fenómeno fundamental de nuestro tiempo, que es el explosivo crecimiento demográfico.

América Latina, que hizo una revolución política a comienzos del Siglo XIX, pero que conservó e hizo aún más rígidas las estructuras de su vida económica y social, asiste hoy a un proceso masivo de revisión de esas condiciones al mismo tiempo que al más rápido traspaso en el mundo de poblaciones rurales a urbanas, creando, entre otras consecuencias, los impresionantes cinturones de subproletariado que aprisionan sus ciudades y que constituyen un fenómeno nuevo y característico.

Este hemisferio se define por sus extremos contrastes: frente a la ciudad con un centro esplendoroso, la barriada miserable, y a pocos kilómetros un campesino que vive y trabaja como en épocas remotas; frente a la riqueza desproporcionada, la pobreza extrema, que puede medirse entre un grupo social y otro por el peso y estatura de los niños y por diferentes términos medios de vida; por los que cuidan su grado de colesterol y los que defienden sus huesos del hambre; frente a la suntuosa ciudad universitaria, las desvencijadas escuelas rurales o el alto porcentaje de analfabetos.

El problema tiene así un ingrediente de angustia y de urgencia y, como ocurre cuando el mal se torna agudo y extremo, los remedios corrientes ya no surten efecto. La clase media, y en especial el proletariado, no se movilizan sólo por un porcentaje en el salario, ni se satisfacen con un reformismo tímido: plantean el problema del poder; su participación en la dirección de la empresa, en la propiedad de la tierra y su acceso a la cultura. El paso, en una palabra de una democracia formal, o restringida, a una democracia auténtica.

Estamos pues, frente a una emergencia en que la gente no sólo arriesga sus argumentos, sino su espíritu.

La tensión que sacude y atraviesa el continente no es, por tanto, la superficial batalla por cambiar los hombres, sino la búsqueda de las ideas que inspiren la existencia personal y social y, en consecuencia, la organicen.

### *Toma de posiciones.*

Es por eso, que cada uno en su esfera está tomando posiciones: las toman los sindicatos, las masas campesinas, la juventud y los intelectuales. ¿Podría la Universidad quedar fuera de este cuadro que en muchos produce temor y en nosotros debe ser una incitación y una esperanza?

Yo creo que es imposible plantearse el problema de la Universidad sin verla integrada en este proceso. Hay países y épocas en que las diferentes instituciones pueden vivir con sosiego y desenvolverse dentro de misiones específicas. Hay otras en que no es posible hacer lo específico, sin comprometerse en la tarea central que determinará el curso de todo el porvenir.

Dentro de este cuadro la Universidad representa un factor esencial que puede, según los casos, contribuir a crear las condiciones para el cambio necesario e irremediable, porque está entre las alternativas, si ese cambio no es bien orientado, que ella llegue a ser simplemente el instrumento de un Estado que la use para sus fines.

Como un avance se logró la fórmula de la autonomía universitaria y la libertad académica para escapar así de la influencia directa de los gobiernos y sus órganos ejecutivos.

En muchos países constituyó una especie de baluarte a donde no podía llegar la intromisión del dictador de turno o del grupo político dominante.

Sin embargo, esa autonomía no significó una especie de asepsia doctrinaria. Al revés, la Universidad en la mayor parte de nuestros países se convirtió en un centro activo de luchas ideológicas y políticas, la mayor parte de las veces con un sentido revolucionario.

En el fondo la Universidad no pudo escapar al hecho de que pertenece a todo el cuerpo social y que en ella se expresan todos sus problemas. Como ente autónomo se defendió hasta dónde pudo y a veces bien poco de la intervención política; pero en la práctica se convirtió en un centro donde la inquietud se tradujo en rebeldía.

Esto se hizo más evidente en la juventud que le dio a la Universidad su fisonomía. Ella tuvo su etapa romántica, y después una racionalista. Hoy la juventud universitaria ha madurado dentro de esta misma actitud rebelde. Por lo que he podido ver en algunos países latinoamericanos, se podría caracterizar por la búsqueda de un cauce efectivo que realice su afán revolucionario. En muchos hoy se concreta en dos líneas: la marxista y la cristiana.

Hay menos palabras y más dureza en el juicio, y una progresiva decepción ante lo establecido que se podría resumir en una gran desesperanza en los instrumentos democráticos tradicionales y en las instituciones vigentes; la pérdida de fe en las clases gobernantes; una distinción entre lo que llaman democracia formal y real.

Estamos en presencia de una juventud más exigente y más comprometida en una lucha no sólo por el poder político, sino por el predominio en las inteligencias.

El triunfo, por ejemplo, del marxismo-leninismo —no me refiero a socialismos democráticos de tipo europeo— implicaría no sólo un nuevo Gobierno, sino una nueva organización de la sociedad, en la cual la enseñanza en todas sus escalas y, por supuesto, en la universidad, sería un medio fundamental para imponer el régimen en la mente de varias generaciones. En ese momento ya la autonomía sería una mera ficción.

La Universidad no puede aislarse de este proceso histórico; y en su medida podría ser un decisivo factor que lo oriente. ¿Está preparada para ello, o anda la juventud por unos caminos y la Universidad por otros sin darle respuesta?

¿Es sólo una máquina que produce profesionales que, al salir de la Universidad, se sienten frustrados?

### *La Universidad y el privilegio*

En Latinoamérica la Universidad más que una conciencia es un privilegio. Es un privilegio pertenecer a ella como maestro y más aún como alumno.

En nuestro país, que seguramente no es el que está peor, el 19 por ciento de la población es analfabeta. De 100 niños que se matriculan en la escuela primaria un tercio la abandona en el paso del primero al segundo año y el tercio siguiente, hasta enterar el 66 por ciento de deserción, en el curso de la etapa primaria. En el nivel secundario, de cada cien alumnos que comienzan sólo terminan menos de 27. Podemos decir, entonces que de cada cien niños que nacen menos de uno llega a la Universidad y de esos sobrevivientes ni dos de los cien son hijos de obreros o campesinos.

Por eso decimos que llegar es un gran privilegio que no se consigue en una amplia y justa selección, sino en el reducido grupo que puede aspirar a pertenecer a la Universidad, porque se lo permite el respaldo económico y la situación social de su familia.

Este problema tiene una mayor incidencia en este hemisferio, al revés de lo que ocurre en Europa, donde hay otros elementos formadores de una cultura o de una capacitación técnica; aquí la casi única oportunidad de adquirir una formación intelectual y profesional se reduce a la Universidad.

¿Existe conciencia entre los maestros y entre los alumnos del inmenso privilegio y responsabilidad que significa

recibir una educación gratuita pagada por el Estado como coronación de tanta ventaja?

La Universidad por otra parte, tiene en nuestros países una gran posibilidad de acción. El pueblo la mira con respeto. Piensa que está por encima del partidismo político; tiene admiración por el saber, y siente que la juventud universitaria es limpia y generosa, en lo que no anda muy equivocada, porque en muchas ocasiones ha puesto su pecho frente a los tiranos, ha develado injusticias y le ha proporcionado ideólogos.

Por eso la Universidad es una fuerza social y una gran reserva moral.

Si examinamos este capital imponderable desde estos solos ángulos, sería de importancia preguntarse en qué forma podría servir mejor a la comunidad.

En primer término llegar a ella debe ser la resultante de una selección que no puede fundarse en privilegios clasistas, sino en el aprovechamiento de los recursos humanos de cada nación, dando una oportunidad legítima no sólo a los que tienen medios, sino y principalmente a los que tienen méritos.

La forma de conseguirlo es un problema de becas o de otros procedimientos que pueden adoptarse de acuerdo con las modalidades de cada nación.

Aun así los que resulten elegidos, por un procedimiento u otro, tienen una deuda y una responsabilidad, que es de ellos en el orden personal y que es de la Universidad como institución.

### *La contribución de la Universidad.*

¿Qué esperamos de ella los que queremos seguir viviendo en un régimen no totalitario, pluralista, y al mismo tiempo responder a la ansiedad creciente y justa de nuestros pue-

blos que buscan el aprovechamiento de sus recursos y mejores niveles de vida como una condición para el ejercicio de la libertad?

La Universidad tiene una misión decisiva en diversos planos: Una será crear un campo neutral para investigar los hechos. Estos países tienen problemas de desarrollo económico, requieren descubrir su propia realidad, explotar sus propias riquezas, conocer de una manera objetiva y real sus problemas. Hay un inmenso campo de investigación y estudio que debe sustraerse a la agitación superficial, al debate intencionado, y que puede abordarse en términos que podríamos llamar científicos.

En nuestra América, por la extrema tensión en que parece que siempre nos jugamos todo al control del Poder, las instituciones intermedias con autoridad y vida propia llevan una existencia condicionada y casi siempre raquítica. Un ilustre uruguayo decía: "En Latinoamérica la función política está hipertrofiada, es exagerada con respecto a la exigüidad de los círculos que deberían tener su propio desarrollo y su propio equilibrio".

Tal vez la Universidad se escape o pueda escaparse de esta ley, y ello puede ser trascendental.

Estos pueblos tienen anhelos y la mayor parte de sus políticos, aspiraciones; pero son pocos los que saben cuáles son los hechos y menos los que podrían proponer soluciones racionalmente elaboradas a través de estudios en que se empleen los medios que proporcionan hoy los conocimientos científico-técnicos.

El planteo de los problemas no es tarea de aficionados ni de de simples intenciones. En estas disciplinas se requieren conocimientos y especialistas que la Universidad debe preparar.

En este campo podríamos señalar un aspecto que nos parece esencial y es el de la planificación económica, capaz de hacer un inventario de los recursos y de las posibilidades, indicar prioridades en las metas y en las inversiones; fijar las

tasas de crecimiento y orientar y coordinar toda la actividad nacional para lograrlo.

Sin el concurso decisivo de la Universidad esta labor será imposible.

Naturalmente que otra función esencial de la Universidad en estos países consiste no sólo en la investigación científica, que por múltiples razones es limitada, sino en mantener una corriente de información que permita, a los cuerpos profesionales y técnicos que prepara, aprovechar y seguir el avance de los conocimientos que se elaboran en los grandes centros científicos.

El gran riesgo de estas naciones es hoy la diferencia creciente que las separa de aquéllas más desarrolladas.

Hace 100 años la carreta norteamericana que avanzaba hacia el Oeste no difería de la carreta que construían en nuestros campos nuestros artesanos. Hoy algunos países copian la construcción de automóviles y por supuesto no pueden pensar en construir aviones supersónicos, ni lanzar proyectiles al espacio.

Estas diferencias son reflejos de su grado de avance en la investigación científica y de los recursos para mantenerla.

La Universidad debe organizarse para proporcionar a estas naciones el caudal científico-técnico, pues de otra manera la distancia entre ellas y los pueblos más desarrollados será abismal y, en consecuencia, será cada vez más difícil toda asociación libre y pacífica, porque inevitablemente el atraso y la impotencia acarrearán el odio.

No es suficiente, sin embargo, crear una élite representativa de todo el pueblo, ni mantener una adecuada fluencia e intercambio que permita transferir el conocimiento de los avances de la ciencia y formar maestros y profesionales. Tampoco lo es que constituya un centro donde sea posible examinar los hechos y elaborar soluciones o planes que proporcionen una información técnica capaz de ser utilizada. Sería quedarse en un plano limitado, aun cuando sería un innegable progreso.

La Universidad tiene también una misión cultural. La ciencia y la técnica son elementos insustituibles siempre que las dirijan e inspiren hombres con una concepción de la vida. De otro modo caeríamos en una especie de tecnocracia que carece de porvenir.

El ilustre Oppenheimer decía hace poco en Chile: "Quiero discutir algunos puntos, algunos problemas o tesis acerca de la naturaleza de la ciencia y sus relaciones con la cultura. Debo hacer una advertencia: es cierto, desde luego, y nos sentimos orgullosos de que así sea, que la ciencia es internacional y una misma, con pequeñas diferencias de énfasis, en China, en Japón, en Francia, en los Estados Unidos, en Rusia; pero la cultura no es internacional. En verdad, yo soy de aquellos que tienen la esperanza de que, en un cierto sentido, nunca lo será del todo, de que la influencia de nuestro pasado, de nuestra historia, que por distintas causas y por referirse a pueblos diferentes son diferentes, se hará sentir y no se perderá en una homogeneidad total".

Nosotros esperamos que la Universidad sea capaz de guardar, enriquecer y definir el patrimonio de cada nación para no caer en un mundo monocorde.

Es necesario, pues, que ella, "enseñe a cultivar los conocimientos humanos y afine por medio del ejercicio las facultades intelectuales del hombre".

Nosotros en Latinoamérica tenemos una tradición, una expresión propia. Tenemos también espacio físico y juventud. Esto también nos diferencia. Aquí hay todavía lugar para el hombre y, aun cuando nos vemos a veces un tanto blandos y cansados, en el fondo seguimos siendo un Continente joven, donde aún muchas cosas son posibles, donde los caminos están menos rígidamente demarcados.

La Universidad debe impulsar la búsqueda de un camino propio. Hasta ahora tal vez nuestro mayor defecto ha

sido la carencia de autenticidad. Somos un poco un continente humano de aluvión. Nos ha resultado más fácil copiar y vivimos como embobados en lo que hacen otros para repetir con escasa originalidad y sin reflexión las experiencias ajenas.

Alguien dijo que en el siglo XIX vivimos bajo la influencia de la Revolución Francesa y en éste de la Revolución Rusa.

No me resisto a citar estas palabras que me escribiera hace años Gabriela Mistral: "Usted bien dice que somos países de repercusión.

"A causa, amigo mío, de una educación que sólo ha desarrollado en los mozos una forma marginal de pensamiento.

"Debe seguir siendo muy grande nuestra quiebra de imaginación para que no haya en nosotros una pizca de creación ni realista ni utópica que nos lleve a intentar alguna empresa criolla.

"Estamos obligados a pensar que es la educación quien mutila a nuestra juventud, porque la raza no tiene amilanaamientos y tampoco pereza...

"Debemos confesar que la "América inocente" del poeta romántico es una Ninfa Eco de cuerpo abolido, en carne de fantasma sin fuerza para el grito inicial. Y aquí la función no deriva del organismo, pues el continente es una masa formidable; por eso mismo la invalidez para crear un módulo propio de vida da un asombro que resbala a cólera. Tantos años de vivir una vida americana, es decir, original; tanto énfasis como el que corre por nuestros textos escolares de historia y venir a parar en que no hallamos para salvarnos sino la receta nazi o la facista, o la comunistoide o la cavernaria, cualquiera menos la propia...

"Nosotros no resistimos el éxito en ningún campo. Nos embriaga como alcohol de madera o de caña, arrebatándonos la lucidez, nos evapora las flacas convicciones que tenemos y acaba por apabullarnos enteramente. El exitismo sudamericano es algo descomunal.

“Me conozco muy bien su cara vulgar; la he visto en la condescendencia ante el dinero, ante el poder estatal, ante la mediocridad personal afortunada. La victoria de tal o cual régimen nos convence como la macana con un golpe en la nuca y nos paraliza las facultades de reacción, entregándonos a cualquier caporal extranjero”.

No es que piense yo en un provincialismo hemisférico o negar la influencia universal de estos hechos; pero sí pienso que está llegando la hora de que nos paremos sobre nuestros propios pies y pensemos con nuestras cabezas, para poder buscar solución a lo nuestro y expresar algo que sea un aporte que, por auténtico, tendrá valor.

Para lograrlo se requiere esfuerzo. No se puede crear con ligereza. Se necesita un ambiente de serenidad, de reflexión continuada, de estudios desinteresados. En una palabra, es preciso corregir esta superficialidad apresurada; superar la etapa del hombre orquesta que de todo sabe y opina, que pudo ser en el pasado expresión de las condiciones que presentaba el medio, pero que hoy perturba.

El pueblo está cansado de estos habladores, detrás de los cuales está el vacío.

Sobre todo es necesario crear una jerarquía de valores que no tenga como meta el exitismo que apenas alcanza para alimentar vanidades.

### *La formación de dirigentes.*

En una gran medida la frustración de estos pueblos se debe a una carencia de dirección. Es demasiado frecuente constatar cómo se expresan en grandes palabras los sufrimientos de las masas proletarias; pero también es dramática la incapacidad para traducirlas en fórmulas concretas.

De ahí también la quiebra moral de la fe pública, pues en el período de alcanzar el Poder todo se promete con la

irresponsabilidad del que nada o poco sabe, y cuando se llega, bruscamente se descubre que era muy distinto hablar sobre los problemas que afrontarlos. De ahí nacen muchas de esas contradicciones que son verdaderas traiciones que están corroyendo el fundamento moral de la convivencia.

Está siendo hora de que la Universidad tome conciencia social y proporcione ideas y cuadros de hombres responsables capaces de conocer y decir la verdad de una manera objetiva, capaces de elaborar y utilizar fórmulas que no descansen en la intuición o en una ambición que se disfraza de “habilidad”. Este tipo de habilidades son las que nos han consumido y que deben ser reemplazadas por equipos que vayan más hondo y no sean meros improvisadores.

Esto es hoy imperativo, porque no estamos en tiempo para seguir cometiendo errores.

En estas condiciones, la Universidad podría ser un factor determinante para orientar los cambios inevitables, para que no caigamos en un oscuro período de violencia, que puede ser una alternativa, o prolonguemos en muchas naciones el dispendio de energías y reservas, que prolongan el sufrimiento de los pobres.

La Universidad puede proporcionar las élites dirigentes para este cruce histórico decisivo, dándoles una visión del mundo y una visión de nuestra propia América.

Esta América tiene indudablemente que buscar una expresión; pero no la puede buscar aislada.

Ya es un lugar común hablar de nuestra integración económica, cuyos tímidos avances son descorazonadores; pero hablamos poco de su integración política, porque desgraciadamente nos asusta cualquier paso grande y vivimos cada vez más sumidos en la querrela interna, alimentando recelos y desconfianzas que agotan. Somos aficionados a las palabras altisonantes, pero nos asustamos ante los hechos medulares.

Estudiamos el paso del feudo a los Estados Nacionales; asistimos hoy al paso de los Estados a Comunidades supra nacionales que implican poder, extensos mercados, posibi-

lidades de desarrollo y aprovechamiento de nuevas técnicas que exigen por los costos de su aplicación un basamento mucho más amplio que los estados nacionales.

Pero donde la necesidad de aunar esta acción es más evidente es en el campo universitario, porque hoy la investigación científica y la especialización técnica y la disposición de elementos indispensables para mantener el ritmo del saber y los descubrimientos, no los pueden soportar sociedades reducidas.

Nuestro horizonte está limitado por nuestros débiles cuerpos; la visión reducida a la reducida estatura de nuestras preocupaciones locales.

No se trata sólo de ampliar el mercado para comprar o vender cosas; no se trata sólo de permanecer en la irremediable inferioridad de trabajar con métodos atrasados y maquinaria obsoleta, se trata de algo más profundo. De crear un ámbito humano que nos dé mayor amplitud en la visión, que nos haga crecer y tener una voz en este mundo.

Las Universidades deben formar un juicio claro; no podemos dar nivel de vida, ni podemos formar las élites correspondientes, si nos quedamos atrás en esta marcha. Estamos ya atrasados y seguimos sólo en verbalismos que provocan náuseas.

En este momento no sólo soportamos una especie de succión económica, pues una espiral gigante chupa hacia arriba la crema de nuestro esfuerzo económico, sino, lo que es peor, una succión humana que nos arrebató la flor de nuestras capacidades.

Los grandes centros urbanos han debilitado a las provincias a través de un centralismo desproporcionado. Hoy somos provincias que comienzan a enviar a los grandes centros del poder lo mejor que tienen, exportando además su capital básico que es el hombre bien dotado y en el cual, para formarlo, se invirtió un costoso capital.

### *Un nuevo espíritu.*

Esta gran concepción no va a realizarse a través de mecanismos internacionales donde acuden los representantes de determinados sectores económicos que vienen a defender sus intereses creados, que son siempre los intereses del presente. En cambio, ésta es tarea de porvenir que necesariamente rompe con los intereses establecidos. No olvidemos que la Comunidad Europea se inició por decisiones políticas.

Y esto pueden entenderlo las Universidades y la juventud, que ella forme un nuevo espíritu.

Para cumplir esta alta misión la Universidad debiera tener una unidad interior. De hecho no la tiene. Vivimos en una sociedad plural y la Universidad lo refleja.

Los diferentes grupos que comprende la vida universitaria tienen una distinta filosofía y en consecuencia una diferente posición, y me parece que debiera señalar cuál es la actitud de los Cristianos en la Universidad y cómo la proyectan.

Es evidente que no deseamos una sociedad monolítica, ni una Universidad sometida. Reconocemos la existencia de una sociedad pluralista.

Luchamos por que sean nuestras ideas las que penetren o informen la nueva sociedad que está forjándose; pero rechazamos los métodos y la existencia de un estado totalitario y su reflejo en la Universidad.

No podemos pensar, ni actuar, sobre la base de que nuestra Fe nos da derecho a una cierta pereza intelectual o a una superioridad automática. El compromiso es alcanzar el más alto grado de eficiencia y preparación en la disciplina escogida. Pero también dar la respuesta y la doctrina que sustentamos. Esto no significa el cómodo expediente de leer algunos textos, o vivir de enunciados. Significa trabajar en



el campo teórico y práctico y mantener una vida que refleje las convicciones.

Nadie debiera superarnos en la audacia y el valor para explorar en el campo teórico y de deducir la metodología y las fórmulas de la acción.

Los cristianos, muchas veces, descansando en la Fe, no hemos elaborado suficientemente una filosofía de la acción, ni nuestros conceptos sobre la forma de las nuevas Instituciones.

Está en el Evangelio de San Juan que "en el Principio era el Verbo".

Es curioso y paradójal que sean otros los que en cierta manera lo recordarán. Es de Lenin la frase: "Sin teoría revolucionaria, no hay acción revolucionaria".

La formación teórica no consiste en conocer documentos y repetirlos. Se trata de un trabajo de reflexión, de profundidad y de confrontación con la coyuntura histórica y la realidad americana. Es necesario enriquecer con nuestra propia creación el acervo doctrinario y no correr tras los hechos.

Pero este esfuerzo teórico debe dar sentido a la acción. El Cristiano no sólo predica teorías. Las encarna.

Vengo de ver durante largos años en muchos centros universitarios el peligro de un activismo sin sentido por falta de doctrina, y a los que disfrazan su incapacidad en una especie de bohemia revolucionaria; pero también en otros he visto una especie de angelismo. Son esa especie de gentes que no quieren comprometerse; preciosistas intelectuales de manos limpias que no quieren amasar la vida y que terminan siempre en una especie de soberbia estéril. En ellos se comprende la frase de Pascal "Quien hace el ángel, hace el demonio".

### *Integración en la vida.*

Nosotros queremos una Universidad integrada en la vida y en el pueblo. Y eso significa aquí en América que los universitarios y la Universidad deben ser parte fundamental en la tarea de promover el paso de una sociedad burguesa y restringida a un nuevo tipo de democracia, para nosotros un nuevo humanismo, en que el trabajo alcance la plenitud de su destino.

En esta empresa la elaboración ideológica y el aprovechamiento de los nuevos conocimientos son una de las expresiones más altas y eficaces del "Amor al prójimo", de ese prójimo al que es necesario dar condiciones de vida y de dignidad.

En América tenemos nosotros una palabra que decir y debe ser de resolución y optimismo. Hay espacio y juventud. Y también otros elementos.

Nosotros no estamos entre los pueblos con una renta per cápita inferior a cincuenta dólares. Esos pueblos sueñan con llegar a los 350, 400 o más que tienen muchas de las naciones de este hemisferio.

Aquí, con todas las amenazas y a pesar de las dictaduras, hay una tradición de libertad. La juventud universitaria y muchos maestros la han defendido y espero lo seguirán haciendo siempre.

Aquí ha existido una tradición republicana. Y en estas tierras, no es una casualidad, se organizó la vida social con un signo cristiano.

Tenemos pues, esos valores espirituales y esos recursos materiales que nos permiten trabajar con grandes ventajas. Por eso es que podemos pensar en que el paso de una sociedad a otra puede realizarse con métodos y condiciones que expresen este sentido humanista.

Para algunos la imagen de esta actitud no es tan atractiva como aquella de la violencia desencadenada. Sin embargo, imponerla exigirá un mayor coraje moral. Porque ésta no es

tarea de ablandamiento ni de compromisos. No puede serla. Es tarea de definición en el orden teórico y, lo que es más importante, en las actitudes.

Es necesario desenmascarar la mentira que nos rodea y hacer un proceso que clasifique las ideas y las palabras, que muchos distorsionan hasta convertirlas en caricaturas.

¡Qué inmenso destino tiene la Universidad, sus maestros y su juventud!

En este gran cambio histórico deben estar presentes para estudiar y enseñar no sólo las lecciones abstractas de los que ignoran la vida, sino para abrir caminos y construir una nueva sociedad.

Su deber no es el mismo del político militante. Su integración en el pueblo no significa desvirtuar ni confundir sus funciones.

Yo diría, usando un pensamiento ajeno, que ella debe soportar el peso y la presión de las mayorías, pero que no se rinda nunca ante "la incurable facilidad del hombre para reunirse en torno a las simplificaciones más burdas; a desvirtuar las empresas más puras; a buscar su interés por el camino más corto e inmediato".

La Universidad debe en este mundo, tan velozmente cambiante, vivir el presente y fundamentalmente preparar el porvenir, pues sólo se es libre por el ejercicio de los derechos y por el cumplimiento de la justicia.

Está escrito que "sólo la verdad nos hará libres" y en las universidades es necesario buscar con independencia la verdad y decirla. Así, en definitiva, encontrará la mejor manera de ser la conciencia social de la Nación.





Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, tesis, testimonios, discursos, fotos, prensa, etc.) Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores.